

Gabriel García Márquez. Noticia*

JOAQUÍN PEÑA GUTIÉRREZ

Gabriel Eligio García había nacido en Sin-cé —entonces hacía parte del departamen-to de Bolívar; hoy, de Sucre—. Llegó a la población de Aracataca como telegrafista, aunque a los ojos de los lugareños era uno más de “la hojarasca”: aquel turbión indis-criminado de miles de personas que llegó atraído por el auge del cultivo de banano en la zona, alentado por la empresa nor-teamericana United Fruit Company (más conocida en estos tiempos con el nombre acriollado de Frutera de Sevilla). Este señor advenedizo y con un apellido se casó con la niña bonita del pueblo, Luisa Santiago Márquez Iguarán, hija de un coronel, héroe de la guerra de los Mil Días, que peleó en las huestes liberales de Rafael Uribe Uribe y que poseía una de las mejores casas, a pesar de que el Gobierno nunca le envió el importe de la jubilación.

Gabriel Eligio es trasladado a Riohacha en 1927, pero Luisa Santiago regresa a Aracataca a tener su primogénito bajo el cuidado materno. Y lo tiene el 6 de marzo de 1927. Vuelve al lado de su esposo, pero deja el hijo con su madre, Tranquilina Iguarán Cotes, esposa y prima del coronel.

Aquellos ojos estaban inocentes de mundo; todavía no abiertos. Así que no pudieron ver la matanza de las bananeras apenas unos meses después. El niño tampoco debió escuchar la descarga de la fusilería de los soldados sobre los obreros en la estación del ferrocarril.

Gabriel José de la Concordia García Márquez estuvo con sus abuelos hasta los seis años, edad en la que conoce a su mamá. Este tiempo es clave en la integración de elementos a la personalidad.

Matanza de las bananeras; la realidad inmediata y cotidiana en Aracataca; la guerra eterna de Colombia que sonaba lejana en las palabras del abuelo pero presente en uno de sus protagonistas; los mitos; las leyendas; la convivencia con un mundo extraño como si fuera natural:

Yo tenía una tía. [...] Una vez se sentó a tejer una mortaja; entonces yo le pregunté: “¿por qué estás haciendo una mortaja?” “Hijo, porque me voy a morir”, respondió. Tejió su mortaja [...], se acostó y se murió. [...] Una vez [la tía] estaba bordando en el corredor cuando llegó una muchacha con un huevo de gallina, (...) que tenía una protuberancia. No sé por qué esta casa era una especie de consultorio de todos los misterios del pueblo. (...) Esta tía tenía siempre la respuesta. A mí lo que me encantaba era la naturalidad con que resolvía las cosas. [...] “¿Por qué este huevo tiene una protuberancia?” [...] “Ah, porque es un huevo de basilisco. Prendan una hoguera en el patio”. Prendieron la hoguera y quemaron el huevo con gran naturalidad. Esa naturalidad creo que me dio la clave de *Cien años de soledad*, donde se cuentan las cosas más espantosas, las cosas más extraordinarias con la misma cara de palo con que esta tía dijo que quemaran en el patio un huevo de basilisco, que jamás supe lo que era.

Sobre la casa de sus abuelos dice:

En cada rincón había muertos y memorias, y después de las seis de la tarde, la casa era intransitable. Era un mundo prodigioso de

.....
* Este texto, con más adiciones que cambios, es una nueva versión del texto incluido en el libro *Cuentos fantásticos*, del mismo autor (Bogotá: Editorial Magisterio).

Este niño, sentado en el rincón de la cocina mientras se preparaba el almuerzo, escuchaba a la abuela, esa Mamá grande que lo llenó del universo y tal vez de la soledad que irían a conformar su literatura. Criarse con los abuelos no es lo mismo que criarse con los padres o con padres y abuelos.

terror. [...] había más muertos que vivos. A mí me sentaban a las seis de la tarde en un rincón y me decían: “No te muevas de aquí porque si te mueves va a venir la tía Petra que está en su cuarto o el tío Lázaro, que está en otro”. —Muertos—. Yo me quedaba siempre sentado [...]. En mi primera novela, *La hojarasca*, que es un niño de siete años, que está durante toda la novela sentado en una sillita. Ahora yo me doy cuenta que ese niño era un poco yo, sentado en esa sillita, en una casa llena de miedos.

Este niño, sentado en el rincón de la cocina mientras se preparaba el almuerzo, escuchaba a la abuela, esa Mamá grande que lo llenó del universo y tal vez de la soledad que irían a conformar su literatura. Criarse con los abuelos no es lo mismo que criarse con los padres o con padres y abuelos. En el primer caso, se trata de recibir un mundo que está dos generaciones atrás cuando se está viviendo dos generaciones adelante. El hecho es que Gabriel José confraternizó cada vez menos con el mundo exterior inmediato y cada vez más con el mundo interior, del pensamiento, del sentimiento, de

los recuerdos, de los mitos, de la fantasía. Al contrario de lo que hacen los muchachos normales, no jugaba al fútbol, no hacía maldades, ni a su tiempo tomó el taco de billar. De estos y otros ingredientes se gestaba en aquel niño anónimo el nacimiento del Gabo conocido. Lo demás sería cosa de desarrollo, adiestramiento y consolidación.

Lo demás es más o menos conocido. En 1936, sus padres se van a vivir al municipio de Sucre, departamento de Sucre. En ese mismo año, muere el coronel Nicolás Márquez Iguarán (“Desde entonces no me ha pasado nada interesante”). Es mandado a Barranquilla. Estudia en un colegio de religiosos; recibe, no se sabe de qué manera, su baño directo de curas y sotanas. Luego va a Zipaquirá, en donde termina bachillerato en 1946. Allí, interno, nunca sale del colegio. No utiliza, como los demás estudiantes, “las salidas” de fines de semana para ir a la casa, que le quedaba muy lejos; ni para ir a casa de amigos, salir con muchachas, visitar a la novia posible. No. No conoció la Catedral de Sal. Se queda con el silencio tan grande del colegio dentro de él y dentro de los libros, de todos los libros de literatura de la biblioteca. Lee. Lee hasta terminarlos y hasta saber más que los profesores. Al respecto, le gusta hacer una mención: allí conoce mala poesía, y “por la mala poesía se llega a la buena”. Lo anterior se quiere decir y se ha dicho, pues la formación de la leyenda se soporta mejor si nos atenemos a declaraciones del autor. Sin embargo, según el libro reciente de Gustavo Castro Caycedo, *Gabo: cuatro años de soledad. Su vida en Zipaquirá*, la existencia de aquel muchacho no era tan monacal. Salía; paseaba con amigos y muchachas; hacía visitas. Incluso se dice que tuvo novia: Berenice Martínez. El investigador la desencamó en Pasadena, California, y como si fuera una reactualización en vivo del amor en *El amor en los tiempos del cólera* —Fermina y Ariza— los puso al

teléfono. Entonces él, anciano, le dice a ella, a punto de caer en las chifladuras de la senilidad, “Bereca, le habla una voz de otro tiempo”. Con la memoria casi perdida, con todas las palabras escritas, no puede dejar de hablar en literatura; en poesía. Esa manía de decir las cosas con las mismas palabras que tú conoces pero de manera distinta o que parecen distintas. O que parecen y son distintas, y sin embargo son la vida.

Posteriormente, inicia estudios de derecho en la Universidad Nacional de Colombia. En 1948 se traslada a Cartagena, donde termina materias, sin graduarse, y trabaja en periodismo. Pasa a Barranquilla, donde se conoce con Germán Vargas, Alfonso Fuenmayor, Ramón Vinyes, Álvaro Cepeda Zamudio: el grupo de La Cueva o de Barranquilla. Durante 1954 y 1955 está otra vez en Bogotá como periodista. Después siguen Caracas, París, España, México, Colombia, y Suecia, para recibir el Nobel de 1982.

Es necesario hacer una parada en los dos años mencionados. Gabo deviene, antes que en crítico de cine, en orientador de una multitud de asistentes a las salas de cine que hasta entonces solo habían visto “cine de aventuras y lágrimas” o no habían ido la primera vez. Pero el acontecimiento lo cuenta mejor el propio Gabo, según el artículo de Nelson Freddy Padilla de *El Espectador* del 12 de marzo de 2015:

Otra realidad bien distinta me forzó a ser crítico de cine. Nunca se me había ocurrido que pudiera serlo, pero en el teatro Olympia de don Antonio Daconte en Aracataca y luego en la escuela ambulante de Álvaro Cepeda había vislumbrado los elementos de base para escribir notas de orientación cinematográfica con un criterio más útil que el usual hasta entonces en Colombia. Ernesto Volkening, un gran escritor y crítico literario alemán radicado en Bogotá desde la guerra mundial, transmitía por la Radio Nacional un comentario sobre pelí-

culas de estreno, pero estaba limitado a un auditorio de especialistas. Había otros comentaristas excelentes pero ocasionales en torno del librero catalán Luis Vicens, radicado en Bogotá desde la guerra española. Fue él quien fundó el primer cineclub en complicidad con el pintor Enrique Grau y el crítico Hernando Salcedo, y con la diligencia de la periodista Gloria Valencia de Castaño Castillo, que tuvo la credencial número uno. Había en el país un público inmenso de las grandes películas de acción y los dramas de lágrimas, pero el cine de calidad estaba circunscrito a los aficionados cultos y los exhibidores se arriesgaban cada vez menos con películas que duraban tres días en cartel. Rescatar un público nuevo de esa muchedumbre sin rostro requería una pedagogía difícil pero posible para promover una clientela accesible a las películas de calidad y ayudar a los exhibidores que querían pero no lograban financiarlas. El inconveniente mayor era que estos mantenían sobre la prensa la amenaza de suspender los anuncios de cine que eran un ingreso sustancial para los periódicos como represalia por la crítica adversa. *El Espectador* fue el primero que asumió el riesgo, y me encomendó la tarea de comentar los estrenos de la semana más como una cartilla elemental para aficionados que como un alarde pontifical... Álvaro Cepeda me despertó a las seis de la mañana desde Barranquilla cuando se enteró de mi audacia. “¡Cómo se le ocurre criticar películas sin permiso mío, carajo! —me gritó muerto de risa en el teléfono— ¡Con lo bruto que es usted para el cine!”.

Los 75 textos publicados en el periódico se encuentran en la obra periodística de Gabo recopilada por el francés Jacques Gilard. Es imprescindible otra mención al respecto de Gabo, el cine y la literatura. Cuando deambula por Europa, va al mejor sitio para estudiar cine: Cinecittá, Roma. Gabo, sin embargo, capta clases; elude la normalidad de la academia. Muy importante saber cuántas cosas sobre el cine. No obstante, él desea saber cómo se arman las películas

después de filmadas y antes de pasarlas por el proyector ante los ojos del público. Así que se fuga y va a un sótano donde hay una señora que manipula películas: corta, revisa, empalma. Está en el centro de montaje de la principal escuela de cine del momento. Alguien, sin dilaciones, puede hacer el ejercicio para comprobar desde sus libros de literatura qué tanto tiempo perdió Gabo en el montaje, en la edición de cine.

En 1947 publicó en *El Espectador* su primer cuento, “La tercera resignación”. A este lo siguieron otros que luego conformaron el libro *Ojos de perro azul*. El resto de su bibliografía de ficción es conocida: *La hojarasca*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *La mala hora*, *Cien años de soledad*, *El otoño del patriarca*, *El amor en los tiempos del cólera*, *El general en su laberinto*, *Del amor y otros demonios* y *Memorias de mis putas tristes* (novelas); *Los funerales de la Mamá Grande*, *La increíble y triste historia de la cándida Eréndida* y *de su abuela desalmada* y *Doce cuentos peregrinos* (cuentos).

Escribió guiones para cine, como *Tiempo de morir*, del cual existe una versión colombiana dirigida por Jorge Alí Triana. El texto fue publicado en Colombia por Manuel Zapata Olivella en su revista *Letras Nacionales*, antes de *Cien años de soledad*. Gabo sobrevivía entonces en México a su escritura y a la construcción propia de un escritor monumental.

Existen versiones cinematográficas de obras —cuentos y novelas— de Gabo, de las que se dice que no han sido afortunadas. Gabo tenía sus reservas al respecto, como lo indica su decisión terminante de que *Cien años de soledad* no sea llevada al cine.

Gabo escribió otras historias y guiones en compañía, con la idea de que fueran para el cine. *Viaje a Roma*, *Edipo Alcalde* y *María de mi corazón* son algunas de ellas. En ello trabajó con hombres de cine como Lisandro Duque Naranjo, Jorge Alí Triana,

Arturo Reipstein y Jaime Humberto Hermosillo.

Gabo reconoció en la televisión un medio fundamental para influir en la comunidad humana. En lugar de ponerse a escribir artículos en contra de los efectos nocivos de la tele, ideó y promovió, bajo su tutela intelectual, la serie de programas televisivos *Crónicas de una generación trágica*.

Gabo no sabía qué hacer con la política ni en ella. ¿Qué hace con ella un hombre cuando descubre que se trata de uno de los peores males de la humanidad y que es imprescindible? Cuando dejó que se le acercara lo suficiente como para que se le atravesara en la literatura, el resultado fue, según dijo, su peor novela: *La mala hora*. Sin embargo, su obra literaria, al menos hasta *El general en su laberinto*, es profunda y ejemplarmente política, y sobre y contra el poder; de manera que bien puede decirse que la relación entre política y literatura, tal como se insinúa, es un asunto de método.

Gabo no sabía qué hacer con la política ni en ella. Menos aún siendo un hombre

Gabo no sabía qué hacer con la política ni en ella. Menos aún siendo un hombre y un intelectual que no está marcado por las huellas fatales de la posmodernidad. La irresponsabilidad frente a sí mismo y frente al mundo; la indiferencia y la ignorancia.

y un intelectual que no está marcado por las huellas fatales de la posmodernidad. La irresponsabilidad frente a sí mismo y frente al mundo; la indiferencia y la ignorancia. Decide y toma opciones sobre las que no se van a gastar palabras. Solo se menciona el episodio siguiente, por demás, equívoco. Conocíamos al cubano Raúl Rivero como poeta desde antes de parecer un hombre más que maduro. Recordamos todavía la parodia que hace del bolero: “La última noche / que pasé contigo / la olvidé del todo / la alejé de mí / hoy trato de olvidar / y no lo consigo / la primera noche / que pasé sin ti”. En 2003 cayó en desgracia con el régimen cubano, como periodista. Pero el gordo cómo va a estar en la cárcel, nos dijimos, así en la vida sucedan cosas que pasan

en la vida. Imposible. Pues ahora no está en la cárcel. Está en España. Gabo metió mano y lo sacó. Jamás lo hubiéramos sabido si el poeta no lo cuenta casi en silencio, como a Gabo le gustaban estas cosas, como ocurra quizás con otras tantas que no llegamos a conocer. Así, en letra casi menuda. O grande.

Finalmente, Gabo produjo una amplia y limpia obra periodística. *Relato de un naufrago*, *Noticia de un secuestro* y *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile* son, al respecto, textos ejemplares.

No hace falta decir que es de los escritores más grandes. Los siglos venideros lo dirán. ■

